

otras miseria, sentimientos, desesperacion, un numero inmenso de traidores y otro numero inmenso mayor de gentes de mal vivir dentro de sus muros, y por base de todo esto, un pueblo que agonizaba, que veia con codicia los sacos y las justas y las faldas de los poderosos, y que veia anochando su vista á su reina, á su buena reina doña Maria, buscando en ella el remedio de sus males.

¿Pero que podia hacer la reina, si era una mártir á la par que su pueblo, si por todas partes abonde veiese los ojos para buscar hombres que la ayudasen en el gobierno, no encontraba mas que miserables y traidores, siempre insaciables de oro y mandos?

VIII

Valladolid, pues era una especie de campo de batalla donde se debatian ambiciones, donde se agitaban intrigas, donde se temia á cada momento una rebelion armada, donde todos se preguntaban: ¿duran? ¿que sucederá mañana? ¿que será de nosotros? Y luego la carstia y la peste negra vagando alrededor de Valladolid.

La una correspondia á la antecámara, la otra á las habitaciones de paso á la gran cámara de Honor ó del Trono, y por ella á las habitaciones del rey. Los ajimeces que estaban frente á estas puertas daban sobre el Escudo, que corría turbio y silencioso al pie del muro.

Entre estos ajimeces, entre estas puertas, habia grandes pinturas en tabla representando mártires.

CAPITULO II.

El techo era una soberbia abaco gótica gótico-árabe, y de su florón central pendia una lámpara de tres brazos de hierro cincelado y dorado.

Una gruesa alfombra moruna, altos sillones de roble tallado con asientos y respaldos de cuero de Córdoba estampados de oro, una mesa con tapeta de falda de terciopelo rojo, blasonado con las armas de Castilla y de Leon, y sobre esta mesa un magnífico candelero de hierro en que ardian cinco bujías de cera, he aquí el mueble de la regia estancia.

EN QUE SE SABE QUIÉN ERA EL APARECIDO.

I.

Volvamos á la cámara del alcázar mayor que indicamos al principio del antecedente capítulo.

Era la cámara de la reina.

Las altas paredes estaban revestidas por una tapicería de cuero de Córdoba estampado, y sobre este cuero de color de avellana resaltaban los junquillos, los arabescos, las mil caprichosas combinaciones del gótico unido al árabe: dorado, bruñido, matizado, todo este adorno constituyendo una decoracion admirable.

En tres de los lados habia dos ajimeces escultados, caprichosamente labrados, dorados y pintados, cerrados por grandes vidrieras de colores.

En el otro lado habia dos puertas semejantes en su ornamentacion y en sus lineamientos á los ajimeces.

La una correspondia á la antecámara, la otra á las habitaciones de paso á la gran cámara de Honor ó del Trono, y por ella á las habitaciones del rey.

Los ajimeces que estaban frente á estas puertas daban sobre el Esgueva, que corria turbio y silencioso al pié del muro.

Entre estos ajimeces, entre estas puertas, habia grandes pinturas en tabla representando mártires.

El techo era una soberbia ensambladura cónica gótico-árabe, y de su florón central pendia una lámpara de tres brazos de hierro cincelado y dorado.

Una gruesa alfombra moruna, altos sillones de roble tallado con asientos y respaldo de cuero de Córdoba estampados de oro, una mesa con tapete de faldas de terciopelo rojo, blasonado con las armas de Castilla y de Leon, y sobre esta mesa un magnífico tintero de pórvido y plata, algunos libros, algunos papeles y un candelabro de hierro en que ardian cinco bujías de cera, hé aquí el mueblaje de la régia estancia.

II.

Uno de los ajimeces que daban sobre el Esgueva estaba abierto, y en su calado mirador, volado sobre el muro, se apoyaban dos jóvenes de distinto sexo.

Era ella una deliciosa rubia como de diez y siete años, hermosa y vestida de blanco, pero no con tela de lana, lo que hubiera constituido luto, sino con tela de seda de aquel buen damasco labrado que traian á Medina del Campo y á Valladolid los mercaderes moros de Granada.

En la orla de esta ancha túnica, de descote cuadrado y de anchas mangas perdidas, se veia un filete de oro; una camisola de finísimo lino se cerraba en la mórbida garganta de la jóven, y sobre esta camisola caia en dobles vueltas un collar de cuentas de oro macizo, lo que para aquellos tiempos era un gran lujo.

Esta jóven tenia agrupados sobre la cabeza, y de una manera bellísima, en trenzas, el cabello, y en la parte posterior del peinado llevaba como prendida una media diadema de oro de infanzona, lo que revelaba en la jóven una alta nobleza.

III.

La otra persona que en el mirador estaba, era un jóven como de veinte años, hermoso, blanco, pálido, imberbe, con grandes ojos negros, gran cabellera negra y rizada, y por traje una especie de corpeto de brocado con descote cuadrado y mangas de túnica abiertas que dejaban ver debajo otras mangas de damasco rojo, ajustadas al brazo.

El corpeto dejaba ver bajo su ceñidor una especie de falda abierta por los costados y de muy poco vuelo, cuyo largo no pasaba de las rodillas, con briscadura de oro en sus bordes.

Concluian, por último, el traje del jóven, calzas morunas atacadas de finísima grana, y borceguíes de terciopelo granate, de larga punta retorcida, con arillos de oro en los talones, que producian al andar un ruido semejante al de sonoras espuelas.

Era una transaccion del caballero que no queria perder su ruido característico con los briales de seda de las damas de palacio, que hacian de las aceradas espuelas un inconveniente.

Llevaba el paje, que tal era, sobre el pecho el blason de Castilla como en homenaje á la reina su señora, y en la punta derecha de la falda de su túnica, por delante, un escudo con corona de conde en campo azul, con banda diagonal de sable y oro, lo que representaba la alta nobleza del mancebo.

—Pues dígoos, señor Alvaro, decia la jóven, que no tardará mucho en llegar el músico; y á fé á fé, que canta como un pájaro, y tan melodiosamente, que yo siento estar dormida cuando viene y saber despues que ha venido, por lo que me han dicho mis amigas: ya se ve, como que yo siempre estoy al lado de su

señoría, y su señoría está siempre tan pensativa, tan triste, y no habla dos palabras, y unas veces se pone á escribir y no lo deja, y otras á rezar en su libro de horas, yo me duermo.

—Por decontado que ese pájaro nocturno viene por vos, contestó Alvaro, porque sin duda sabe que vos estais siempre al lado de la reina.

—No se sabe por quién viene, hermano celoso, contestó la jóven; pero no puede ser por mí, porque el músico habla en sus trovas de una hermosa imposible, y ya veis que yo no soy un imposible.

—A no ser, doña Mencía, que el tal hombre sea plebeyo.

—No lo parece.

—¿Le conocéis?

—Le vi una noche en la otra orilla apoyado en la barbacana del puente, que es donde se pone; hacia luna, y la luna le relumbraba en el traje y en un joyel de la gorra, en la que llevaba plumas de garza real.

—Buena vista teneis, doña Mencía; porque de aquí á la barbacana del puente del postigo, hay alguna distancia.

—Gracias á Dios, tengo muy buenos ojos.

—¡Oh! hermosísimos, ojos de cielo.

—No digo yo, señor Alvaro, contestó la jóven con una encantadora modestia, que mis ojos sean buenos por hermosos, sino por lo bien que ven, y para demostraros que á la distancia que hay desde aquí á la barbacana del puente, he podido ver por el traje del músico, que era un muy principal caballero, de lo que resulta que yo no puedo ser el imposible de que él se queja.

—¿Y si él fuera hombre casado, ó caballero de orden profeso?

—No vendria entonces á cantarme, porque sabria que era cantar al aire, y se esponia á que mi tío le hiciera adobar de lo lindo á palos por sus escuderos.

—Don Juan Nuñez, vuestro tío, anda demasiado entretenido con sus negocios.

—Pero siempre le quedaria tiempo para mandar que casti-

gasen al que se atreviese á insultar á su sobrina: no soy yo pues el imposible del músico.

—¿Y quién creéis que sea, doña Mencía?

—Yo no creo en aquello que no veo ni toco, salvo Dios; pero me figuro que ese imposible es muy alto.

—¡La reina!

—¿Pues qué otro pudiera ser el imposible de un tan gran caballero como aparenta ser el músico?

—Alguna de las damas casadas de la reina. Doña María de Haro, la esposa del infante don Juan, que ahora vive en el Alcázar.

—Pero viven del otro lado, y el músico se viene á cantar siempre al pié de los miradores de la reina.

—Pues siento haber estado enfermo y no haber podido venir por lo mismo á la cámara de la reina mi señora, y no saber por consecuencia lo que sucede, que de no, ya hubiera yo castigado al músico irreverente.

—Pues no es esa la sola cosa estraña que pasa en el Alcázar.

—¿Pues y qué mas sucede?

—Callad, me estremezco solo de acordarme; en el Alcázar hay aparecidos.

—¡Aparecidos! exclamó con cierto espeluzno el paje, porque en la Edad Media se creia á pié juntillas en aparecidos, en trasgos, en duendes, en brujas y en vestiglos; ¿pero qué os ha sucedido, doña Mencía?

—Nada, nada; no lo puedo decir; no me atrevo.

—Y si no lo podeis decir, ¿por qué me habeis hablado de aparecidos?

—Se me escapó; pero no he dicho nada.

—Habeis dicho bastante para que yo insista y os suplique.

—Pues no insistais, porque nada alcanzareis.

—Entonces no me amais.

—¿Que no os amo yo, Dios mio, y me he estado muriendo todo el tiempo que habeis estado enfermo!

—Y si tanto me amais, doña Mencía, como lo há menester

mi deseo y el propósito que tiene vuestro tío y mi madre de casarnos, ¿por qué teneis secretos para mí?

—¡Ah! porque he sido amenazada.

—¡Amenazada! ¿y por quién?

—Por el aparecido.

—¿Pero estais segura de que era un aparecido lo que habeis visto y no una persona en carne y hueso?

—¡Oh, Dios mio! ¿y qué persona en carne y hueso habia de andar á la media noche por la galería de los Infantes en hábito de monje benedictino, llevando bajo el hábito una armadura?

—¿Todo eso visteis?

—Y mas aún.

—¿Y qué mas visteis?

—Que el aparecido no tenia mano en el brazo derecho.

—¡Oh doña Mencía, y qué singularidad!

—Terrible, señor Alvaro, terrible: vamos, os lo voy á decir, pero guardadme el secreto.

—Os lo guardaré.

—Pues habeis de saber, que anoche su señoría la reina estuvo mucho tiempo en consejo con el conde de Benavente, y con el maestro de Calatrava, y con mi tío, y con el infante don Juan, y con don Diego Lopez de Haro: yo estaba sola en la antecámara, y por librarme de las importunidades de Garcerán de Cobarrubias, que anoche servia, me fuí á un rincon y me amparé de la dueña doña Mayor; y como la buena señora tiene una conversacion tan pegajosa, tan pesada y tan necia, sin poderlo remediar me dormí. Despertáronme no sé cuándo, y me dijeron que la reina me llamaba: entré, encontré sola á su señoría, que se fué conmigo á su oratorio, allí estuvimos rezando mas de media hora, despues, la reina fué como de costumbre á ver si dormian bien y á besarlos en la frente á los infantes, luego se volvió á su dormitorio, la desnudé, se acostó, y me mandó que me retirase: por ahorrar camino, tomé por la galería de los Apóstoles: al entrar en ella oí las campanas de San Benito que tocaban á maitines, señal de que era la media noche: me dieron algun pavor las campanas, porque me pareció que no sonaban como otras

veces, y seguí adelante. De improviso oí un ruido extraño; me detuve sobresaltada; me pareció como que se abria el muro, y que por la abertura salia una sombra negra. En efecto, no me engañaba: apareció un monje que traia una lámpara en la mano. Se volvió á cerrar la pared, y los cuatro pasos que el monje dió hácia mí, sonaron como los de un hombre armado de los piés á la cabeza: yo estaba inmóvil, y debia parecer pálida como una muerta; porque el aparecido me dijo:

—No os asusteis, ningun mal voy á hacerlos: pero ¡ay de vos si revelais que me habeis visto!

Y al decir esto, levantó su brazo derecho, se arrolló la manga de su túnica, vi que aquel brazo no tenia mano, di un grito y escapé sin saber cómo. Cuando volví en mí me encontré á la puerta del aposento de las doncellas nobles de su señoría.

—¡Ah! os guardaré el secreto, doña Mencía, os lo guardaré, contestó Alvaro; pero guardándole puedo muy bien rondar por la galería de los Apóstoles: por allí están los cuartos de las mozas de palacio, y bien puede creer, si viene el aparecido, que no es á él á quien yo rondo, sino á una de ellas.

—¿Y tendreis valor, señor Alvaro?

—Mirad, doña Mencía, no me hacen mucha gracia los aparecidos; pero á mí me parece que el que visteis no era un aparecido, sino un hombre de carne y hueso que bajo el hábito llevaba una armadura.

—¿Pues no os digo que salió por la pared?

—Por lo mismo digo que no es aparecido; porque los aparecidos no entran ni salen por ninguna parte, sino que se aparecen de repente, y desaparecen convirtiéndose en aire; y los aparecidos no llevan luz, porque ven sin luz, y no se aparecen mas que á las personas que quieren, y esto para pedirles algo; y claro es que ese que vos creeis aparecido está muy lejos de serlo, puesto que os amenazó con algun daño si revelábais que le habíais visto.

—¿Pero cómo puede un hombre atravesar las paredes?

—He oido decir á mi madre y á algunos viejos amigos suyos, que cuando el rey don Alfonso empezó á labrar este alcázar, mandó á los alarifes pusiesen en él, aquí y allá, varios pasadizos,

escaleras y puertas secretas, porque ya andaba en rebeldías contra él su hijo don Sancho, y se precavia para un día en que se viese obligado á huir de asechanzas.

—¡Ah! ¡y creéis que ese hombre haya entrado en la galería de los Apóstoles por una puerta oculta?

—Tanto lo creo, que de mañana no pasa el que yo averigüe dónde está esa puerta; mucho será que no vaya á parar á la Abadía de San Benito ó al Alcazarejo.

—Mirad lo que haceis, no os sobrevenga algun daño.

—Los de mi casta nunca han huido el peligro cuando ha sido necesario servir á sus señores: no han sido como los de la vuestra, y perdonad que os lo diga, doña Mencía, porque vos lo decís lo mismo que yo cuando veis lo que con la reina hace don Juan Nuñez de Lara el viejo, vuestro tío.

—Verdad es, señor Alvaro, verdad es; cuando se conoce á la reina, lastima ver que todos no la aman y la sirven, y hay que volverse contra nuestros propios parientes, que tan pronto están de esta banda como de la otra, y hoy sirven á su señoría, y mañana la acometen y la estrechan y la ponen condiciones, y medran á costa suya; pero os lo repito: no hagais de manera que os venga algun mal, porque lo sentiria mucho.

IV.

Interrumpió á este tiempo la conversacion de los dos jóvenes el sonoro y vibrante puntear de un laud que provenia de alguna distancia á los piés del muro.

—Ya le teneis ahí, dijo doña Mencía: se está punteando mucho tiempo, sin duda para llamar la atencion, y luego canta: y mirad qué bien que puntea; le hace hablar al laud: si la noche no estuviera negra como boca de lobo, si hiciera luna, veríais cómo le relumbraba el traje y cómo brillaba el joyel de su capacete, y cómo el vientecillo de la noche agitaba las tres plumas de garza real.

—Pues mejor; las noches oscuras son buenas para andar á estocadas; yo os juro que como se lleve mucho tiempo punteando antes de cantar, no canta.

Y el paje se metió violentamente para adentro.

—¿Qué vais á hacer? dijo siguiéndole doña Mencía, pálida y cuidadosa: mirad que no sabeis si ese hombre tiene gentes que le guarden las espaldas.

—Íreme yo por lo mismo con cuatro de mis escuderos, y allá nos veremos.

—¿Dejais sin licencia el servicio de su señoría?

—Castígueme en buen hora su señoría con tal de que yo castigue al insolente que se atreve á dar música bajo sus miradores.

Y Alvaro salió de una manera violenta.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó doña Mencía con una ansiedad que revelaba claro cuánto amaba al paje: ¡amparadle!

V.

En aquel momento, por la puerta que conducia á la cámara del Trono y á las habitaciones del rey, apareció la reina, y adelantó en paso lento, pálida, pensativa, silenciosa.

Continuaba el puntear del laud.
La reina llegó á la mesa, y se sentó como cansada en el sillón colocado junto á ella.

—Mencía, dijo, retiraos, recogeos, dad orden de que se recojan todos; yo no me recojo; buenas noches.

—Dios dé muy buenas noches á vuestra señoría, contestó la joven.

Y salió murmurando:

—¿Esperará al aparecido? Dios quiera que al cruzar la galería de los Apóstoles no me encuentre yo con él.

La joven salió.

La reina permaneció inmóvil, apoyado un brazo en la mesa,

en la mano la cabeza, la mirada abstraída, fija, como vuelta á su pensamiento.

El puntear del laud continuaba.

De improviso cesó, sonó un gemido sonoro, como si el laud hubiese sido roto, y á seguida estridente crujir de espadas.

La reina se levantó, se volvió hácia donde sonaba el ruido, vió el ajimez abierto, y se volvió á él.

Adelantó y le cerró.

El ruido de las armas, en vez de amenguar, habia crecido.

—¿Será esta una nueva traicion? exclamó la reina: el combate cunde; pero se aleja, se aleja, se pierde entre el silencio.

La reina permaneció algun tiempo escuchando.

—Nada, nada, dijo; ya es todo silencio y calma; alguno de mis leales servidores que ha acometido á ese insolente infante de Aragon que me tiene tan en poco, que cree que puede enamorarme con músicas y galanteos. ¡Oh, Dios mio, Dios mio, qué martirio tan continuado y tan sin esperanza de remedio! ¡y Guzman! ¡Guzman que no viene!..... ¡Ah! es verdad; está allá en el Andalucía con la vista fija en Tarifa para que no la venda al rey moro mi buen tio don Enrique: ¡y cuánto tarda ese conde don Lope, cuánto!

Como si las últimas palabras de la reina hubieran sido una invocacion mágica, en la puerta que conducia á la cámara de Honor apareció un monje negro que adelantó lentamente, llegó hasta la reina, hincó una rodilla, la besó la mano, se alzó, echó atrás su capucha, y dejó ver la cabeza calva y el semblante grave, sombrío, del conde don Lope Diaz de Haro.

CAPITULO III.

EN QUE SE DA UNA LIGERA IDEA DE LO QUE ERA LA GENTE NON
SANCTA DE ENTONCES

I.

El paje habia salido rápidamente de las habitaciones de la reina á la galería principal del gran patio de Honor, habia recorrido la galería hasta un ángulo opuesto, y en el departamento de los pajes de la reina se habia metido en su aposento y habia dicho á un viejo escudero que en él estaba:

—Pronto, Nuño, cíñeme el jaco dorado que dió á mi padre el rey de Granada; dame la espada Tajadora, una adarga y un manto: busca á Diego, á Llorente, á Mendo, y tú con ellos, y armados todos, venid al momento.

Nuño descolgó de una panoplia una especie de coracina aovada, forrada de brocado de oro labrado con bellos arabescos, que era lo que habia llamado jaco Alvaro, la puso sobre el pecho y la espalda del jóven, la enhebilló, ciñó á su amo una espada ancha y corta, le dió una adarga de cuero redoblado, á manera de